

Después de que el invierno prolongado moscovita y la rutina me sacaron de quicio sentí necesidad de cambiar de aire y no imaginé nada mejor que emprender un viaje a Cádiz.

Las callejuelas auténticas y silenciosas, la antigua arquitectura, el aire de mar, la cocina nacional, la amistad con la gente nueva y las impresiones vivas me atraían tanto que en un abrir y cerrar de ojos me pareció que me había encontrado en la ciudad de mis sueños. En aquellos días el afamado carnaval inundó las calles de Cádiz. Me dediqué de lleno a la fiesta, me apasionó la sucesión de acontecimientos, ^{escenas inolvidables} espectáculos y danzas ardientes. Gracias a la atmósfera informal que reinaba a mi alrededor logré hablar con diferentes gaditanos y cada uno de ellos me dejó boquiabierto con su amabilidad. Unos transeúntes me recomendaban que yo, como un verdadero tratamundos, paseara por el parque Benavés. Otros me enseñaban el camino hacia el mesón para que tapeara. Y no me imaginaba que una mujer ya entrada en años tras una corta charla me invitara a su casa como si nos conociéramos desde siempre. ¿Podría esperar en algún otro lugar la acogida tan cálida? Me cautivó el carácter bondadoso y la

